

gos en ella; mas no así en Cerdeña, donde su gobierno y dominacion eran populares, probablemente á causa de la comunidad de religion, y del origen fenicio de muchas de sus ciudades (1); y así fué, que por mucho tiempo aún, periódicas rebeliones demostraron la aficion de los Sardos á sus antiguos señores. Por la misma época, los Romanos se apoderaron de la Córcega, y del 516 al 518, rechazaron á los Ligures y á las tribus galas con las cuales estaban en paz hacia cuarenta y cinco años.

III. Mientras la República defendia sus fronteras del norte contra los Galos y los Ligures, y peleaba en Cerdeña y en Córcega para destruir la influencia de Cartago, emprendia contra un pequeño pueblo bárbaro otra expedicion, ménos difícil, sin duda, pero que debia tener inmensas consecuencias. La guerra de Iliria, en efecto, iba á abrir á los Romanos el camino de la Grecia y el del Asia, sometida á los sucesores de Alejandro, y donde dominaba la civilizacion griega. Convertida en una gran potencia marítima, Roma tenia ya en sus atribuciones la policia de los mares. Los habitantes de las costas orientales del Adriático, dados á la piratería, eran la plaga del comercio. Muchas veces habian llevado su rapiña hasta la Mesenia, y destruido las escuadras griegas enviadas para reprimir sus demasías (2). Aquellos piratas pertenecian á la nacion iliria. Los Griegos los consideraban como bárbaros, es decir, extraños á la raza helénica, aunque es probable que tuviesen cierta afinidad. Aliados incómodos de los reyes de Macedonia, frecuentemente tomaban las armas por ó contra ellos; tribus intrépidas y feroces, siempre estaban prontas á vender sus servicios y su sangre á quien quisiera pagarlos; muy semejantes, en suma, á los Albaneses de hoy, que pasan por ser sus descendientes, y á quienes han acorralado en los montes las invasiones de los Eslavos (3).

El rey de los Ilirios era un niño, y su madre, Teuta, ejercia la regeancia. Este solo hecho revela unas costumbres absolutamente extrañas á la civilizacion helénica y romana. Un caudillo de Faros

[1] Los Sardos debieron su civilizacion á los Fenicios; los Sicilianos habian recibido la suya de los Griegos. Esta diferencia explica el apego de los primeros hácia Cartago, y la repulsion de los otros hácia la dominacion púnica.

[2] Polibio, II, iv. v. x.

[3] Hahn, *Albanesische Studien*.

[*Lesina*], llamado Demetrio, á soldada de Teuta, ocupaba en calidad de feudo la isla de Corcira la Negra [*Curzola*] y hacia las veces de primer ministro. Fácil fué á los Romanos sobornarle; los Ilirios, ademas, dieron una causa legítima de guerra asesinando á un embajador de la República (1); con lo que el senado envió inmediatamente un ejército y una escuadra para sojuzgarlos (525). Demetrio entregó su isla, que sirvió de base de operaciones para apoderarse de Apolonia, de Dirracium, de Nutria y de gran parte de la costa. Al cabo de algunos meses de resistencia, los Ilirios se sometieron, se obligaron á renunciar á la piratería; cedieron algunos puertos, y consintieron en que Demetrio, el aliado de los Romanos, fuese tutor de su rey (2).

Esta expedicion valió á la República una gran popularidad en toda la Grecia; los Atenienses y la liga Aquea sobre todo, fueron pródigos en plácemes, y empezaron desde entónces á considerar á los Romanos como á protectores contra sus peligrosos vecinos, los reyes de Macedonia. Por lo que respecta á los Ilirios, no bastó el reciente escarmiento para corregirlos de sus hábitos de piratería. A los diez años, otra expedicion tuvo que ir hasta el fondo del Adriático (3) á castigar á los Istrios; y poco despues, la desobediencia de Demetrio á las órdenes del senado, llevó nuevamente la guerra á Iliria; y mientras el jóven rey se hacia el aliado ó el súbdito de la República (4), Demetrio iba á refugiarse al lado de Filipo de Macedonia. Entre tanto, una nueva guerra atraia la atencion de los Romanos.

IV. Evidentemente la idea del senado era estender su dominio hácia el norte de la Italia, y preservarla así de las invasiones de los Galos. En 522, á propuesta del tribuno Flaminio, se habia espulsado del Piceno á los Senones, y sus tierras, declaradas del dominio público, se habian repartido entre los plebeyos. Esta medida, présaga para las vecinas tribus galas, de la suerte que les estaba reservada, excitó en ellas gran desasosiego, y al punto empezaron á preparar una formidable invasion. En 528, llamaron del otro lado de los Alpes á una muchedumbre de bárbaros de la belicosa tribu de los Gesatas (5), lo cual produjo un inmenso terror en Roma. El mismo interes animó

[1] Floro, II, v.—Apiano, *Guerras de Iliria*, vii.

[2] Polibio, II, xi y sig.

[3] Tito-Livio, *Epítome*, XX, año de Roma 533.—Osorio, IV, xiii.

[4] Polibio, III, xvi y sig.

[5] Pueblo situado entre el Ródano y los Alpes, (Polibio, II, xxii, xxxiv).

á los pueblos de Italia, y el temor de un peligro igualmente amenazador para todos, empezó á inspirarles el mismo espíritu (1). Todos tomaron á las armas; levantóse un ejército de ciento cincuenta mil peones y seis mil caballos, y el censo de los hombres en estado de hacer la guerra ascendía á cerca de 800,000. La enumeracion de los contingentes de cada país suministra datos preciosos sobre la poblacion general de la Italia, que en aquella época parece haber sido, sin contar los esclavos, la misma que hoy próximamente (2), con la diferencia, sin embargo, de que los hombres válidos eran entónces muchos mas en proporcion (3). Dichos documentos dan tambien ocasion de observar que los Samnitas, repuestos hacia cuarenta años nada mas de los desastres de sus sangrientas luchas, todavía podian aprontar 77,000 hombres.

[1] "No era solamente á Roma á quien los Italianos, aterrados con la invasion gala, creian entónces defender; ántes bien comprendian que se trataba de su propia seguridad" (Polibio, II, xxiii).

[2] Hé aquí, segun Polibio (II, xxiv), el estado de las fuerzas de Italia;

Dos ejércitos consulares de dos legiones cada uno, de 5,200 infantes y de 300 ginetes.....	20,800	1,200
Tropas aliadas.....	30,000	2,000
Sabinos y Etruscos.....	50,000 y mas de	4,000
Los Ombrios y los Sarsinatás, habitantes del Apenino.....	20,000	"
Cenomano y Vénetos.....	20,000	"
En Roma.....	20,000	1,500
Aliados (de la reserva).....	30,000	2,000
Latinos.....	80,000	5,000
Samnitas.....	70,090	7,000
Iapigienses y Mesapienses.....	50,000	16,000
Lucanienses.....	30,000	3,000
Marsos, Marrusinos, Frentanienses y Vestinos.....	20,000	4,000
En Sicilia y en Tarento, dos legiones de 4,200 infantes y 200 ginetes.....	8,400	400
Ciudadanos Romanos y Campanos.....	250,000	23,000

699,200 infantes. 69,100 caballos

[3] Véase la memoria de Zump; *Stand der Bevölkerung im Alterthum* Berlin, 1841.

Los Galos penetraron hasta el centro de la Toscana, y derrotaron en Fiesole un ejército romano, pero, intimidados por la imprevista llegada del cónsul L. Emilio, que venia de Rimini, empezaban á retirarse, cuando encontrando al otro cónsul, Cayo Atilio, que, de vuelta de Cerdeña, habia desembarcado en Pisa, se vieron cogidos entre dos ejércitos, y fueron aniquilados. En los años siguientes, las tribus galas, sucesivamente arrojadas al otro lado del Po, experimentaron una nueva derrota en las orillas del Adda, y la coalicion de los pueblos cisalpinos quedó disuelta, sin producir la completa sumision del país. Contribuyeron, sin embargo, á contenerle las colonias de Cremona y Plasencia.

Mientras parecia que el norte de Italia debia absorber toda la atencion de los Romanos, ocurrían en España graves sucesos.

V. Cartago, humillada, habia perdido el imperio del mar, la Sicilia y la Cerdeña. Roma por el contrario, se habia robustecido con sus conquistas en el Mediterráneo, en Hiria y en la Cisalpina. De pronto cambia la escena: desaparecen los peligros que amenazaban á la ciudad africana. Cartago se levanta de su postracion, y Roma, que poco ántes pudo contar con 800,000 hombres capaces de hacer la guerra, temblará en breve por su propia existencia. La simple aparicion en las filas del ejército cartaginés de un hombre de génio, produce un cambio tan imprevisto: aquel hombre era Aníbal.

Su padre Amilcar, cabeza de la poderosa faccion de los Barca, habia salvado á Cartago domando la insurreccion de los mercenarios. Encargado luego de la guerra de España, habia vencido á los pueblos mas belicosos de aquella region y formado sin ruido un formidable ejército. Habiendo reconocido pronto el mérito de un jóven llamado Asdrubal, se le atrajo con la intencion de que fuese su sucesor, y despues de tomarle por yerno, le confió la educacion de Aníbal, en quien tenia cifradas sus mas caras esperanzas. Muerto Amilcar en 526, reemplazóle Asdrubal al frente del ejército.

Los progresos de los Cartagineses en España, y el estado de sus fuerzas en aquel país, traian inquieto al senado, el cual ya en 526, obligó al gobierno de Cartago á suscribir un nuevo tratado, por el que se prohibia al ejército púnico pasar el Ebro y atacar á los pueblos aliados de la República (1). Este último artículo hacia referencia á los Saguntinos, que ya habian tenido algunas escaramuzas con los

[1] Polibio, III, xxx.

Cartagineses. Los Romanos afectaban no considerarlos como aborígenes, y se apoyaban en la autoridad de una leyenda que hacia de aquel pueblo una colonia de Ardea, contemporánea de la guerra de Troya (1). Con semejante conducta, Roma se preparaba en España, para observar á sus antiguos adversarios, y en aquel caso, como ántes en el de los Mamertinos, mostraba una simpatía interesada en favor de una flaca nacion espuesta á los frecuentes choques con los Cartagineses. Asdrubal habia recibido la orden de ejecutar el nuevo tratado; pero fué asesinado por un Galo, en 534, y el ejército, sin aguardar las órdenes de Cartago, aclamó por su caudillo á Aníbal, de edad á la sazón de veintinueve años. A despecho de las facciones rivales, mantúvose aquella eleccion, y acaso la menor duda por parte del consejo de Cartago, hubiera producido la rebelion en las tropas. El partido de los Barca prevaleció en el gobierno, y confirmó la aclamacion del jóven general. Adorado de los soldados que en él veían á su alumno, ejercía sobre ellos una autoridad absoluta, y creía con aquellas probadas huestes, poder atreverse á todo.

Los Saguntinos estaban en guerra con los Torboletas (2), aliados ó súbditos de Cartago. Atropellando el tratado del año 526, Aníbal puso sitio á Sagunto, y se apoderó de ella al cabo de algunos meses de asedio, afirmando que, con el hecho de atacar á sus propios aliados, los Saguntinos habian sido los agresores. Estos se habian apresurado á implorar el auxilio de Roma, y el senado se limitó á enviar comisarios, unos cerca de Aníbal, que no quiso escucharlos, otros á Cartago, á donde llegaron cuando ya Sagunto habia dejado de existir. Un inmenso botin enviado por el vencedor, habia acallado á la faccion hostil á los Barca, y el pueblo, como los soldados, exaltado por el triunfo, no respiraba mas que guerra; por lo cual los embajadores romanos enviados para exigir indemnizaciones, y aun pedir la cabeza de Aníbal, fueron mal recibidos, y volvieron declarando que las hostilidades eran inevitables.

Roma se preparó á ellas con su entereza y energía ordinarias. Uno de los cónsules recibió orden de pasar á Sicilia y de allí á Africa, el otro de dirigir un ejército por mar sobre España y de arrojar de allí á los Cartagineses. Pero sin aguardar el resultado de las nego-

[1] Tito-Livio, XXI, vii.

[2] Apiano, *Guerras de España*, x.

ciaciones, Aníbal estaba ya en plena marcha para llevar la guerra á Italia. Unas veces tratando con las tribus celtiberas ó galas, á fin de obtener el paso por su territorio, otras intimándolas con sus armas, habia llegado á las orillas del Ródano, cuando el cónsul encargado de conquistar la España, P. Cornelio Scipion, recién desembarcado junto á la desembocadura oriental de aquel rio, supo que Aníbal se habia internado ya en los Alpes. Deja entónces su ejército á su hermano Cneyo, vuelve rápidamente á Pisa, se pone al frente de las tropas destinadas á reducir á los Boyenses, y cruza con ellas el Po, esperando con este rápido movimiento sorprender al general cartaginés en el momento en que, cansado y enflaquecido, desembocase en las llanuras de Italia.

Encontráronse ambos ejércitos en las orillas del Tesino (536). Scipion, derrotado y herido, se replegó sobre la colonia de Plasencia; y habiéndosele incorporado en las inmediaciones de esta ciudad su colega Tib. Sempronio Longo, presentó de nuevo la batalla á los Cartagineses sobre el rio Trebia. Una magnífica victoria puso á Aníbal en posesion de una gran parte de la Liguria y de la Galia cisalpina, cuyas belicosas tribus le recibieron con entusiasmo y reforzaron su ejército, reducido, despues del paso de los montes, á ménos de treinta mil hombres. Engreido con el favor de los Galos, quiso el caudillo cartaginés ganar tambien á los Italianos, y anunciándose como el libertador de los pueblos oprimidos, puso en libertad, despues de la victoria, á todos los prisioneros hechos entre los aliados, en la confianza de que aquellos cautivos libertados llegarían á ser para él útiles emisarios. En la primavera de 537, entró en la Etruria, cruzó los pantanos del Val di Chiana, y atrayendo al ejército romano junto al lago Trasimeno, á un sitio desfavorable, lo destruyó casi por completo.

Grande fué el terror en Roma; el vencedor, sin embargo, despues de haber talado la Etruria y atacado en vano á Spoleto, trasmontó el Apenino, cayó sobre la Umbría y el Piceno, y de allí se dirigió por el Samnio, á las costas de la Apulia. Y en efecto, metido en el centro de Italia, privado de toda comunicacion con la madre patria, sin las máquinas necesarias para un sitio, sin línea de retirada segura, picada su retaguardia por el ejército de Sempronio, ¿qué debía hacer Aníbal? Poner los Apeninos entre él y Roma, aproximarse á las poblaciones mas dispuestas á su favor, y en fin, con la conquista de las provincias meridionales, establecer una sólida base de operaciones en relacion directa con Cartago. Crítica era su posicion, á pesar de la

victoria de Trasimeno, porque, excepto los Galos cisalpinos, todos los pueblos italianos permanecían fieles á Roma, y ninguno, hasta entonces, había ido á reforzar su ejército (1). Así, Aníbal pasó algunos meses entre Casilino y Arpi, donde Fabio, con sus hábiles maniobras, habría logrado reducir por hambre al ejército cartaginés, si no hubiera cumplido el tiempo de su mando; además, el partido popular, irritado de un sistema de contemporización que motejaba de cobardía, elevó al consulado, como colega de Emilio Paulo, á Varron, hombre incapaz. Obligado á permanecer en la Apulia para hacer vivir sus tropas, Aníbal imprudentemente atacado, derrotó por completo junto á Cannas, dos ejércitos consulares compuestos de ocho legiones y de igual número de aliados, en total, 87,000 hombres (538) (2). Uno de los cónsules fué muerto, el otro pudo escapar seguido solamente de algunos ginetes. Cuarenta mil Romanos habían perecido ó caído prisioneros, y Aníbal envió á Cartago un selemin de anillos de oro cogidos á los caballeros muertos en el campo de batalla (3). Con esto, una parte del Samnio, de la Apulia, de la Lucania y del Brucio se declaró por los Cartagineses, mientras que las ciudades griegas del mediodía de la Península continuaron favorables á los Romanos (4). Por entonces, y para colmo de desgracia, L. Postumio, enviado contra los Galos, fué vencido, y su ejército completamente destrozado.

Los Romanos se hacían admirar sobre todo en la adversidad: así, el senado con hábil política, salió á recibir al cónsul Varron y le dió gra-

[1] Polibio, III, xc.—“Los aliados se mantuvieron hasta entonces, firmes en su adhesión.” (Tito-Livio, XXII, Lxi).—“Esa fidelidad que nos han guardado en medio de nuestros reveses.”— *Discurso de Fabio*, Tito-Livio, XXII, xxxix.

[2] Había en las tropas romanas alguna caballería samnita. [Tito-Livio, XXVII, XLIII].

[3] Tito-Livio, XXII, XLIX; XXIII, XII.—“Ya en la segunda guerra púnica el uso de los anillos se había hecho vulgar; sin esto, no le hubiera sido posible á Aníbal enviar tres *modios* de anillos de caballeros romanos.”— (Plinio, XXXIII, VI, 4).—Leemos en Apiano: “Los tribunos de los soldados llevaban anillos de oro; los de jerarquía inferior los usaban de hierro;” [*Guerras púnicas*, VIII, cv].

[4] “Las ciudades griegas, propensas á mantener alianza con Roma.” (Tito-Livio, XXIV, 1).—Aun en el Brucio, el pueblo de Petelia resistió á Aníbal con la mayor energía; allí las mujeres pelearon como los hombres. Apiano, VII, xxix).

cias por no haber desesperado de la República; pero no quiso emplear ya más á las tropas que se habían retirado del combate, y las envió á Sicilia con prohibición de volver á Italia interin no se hubieran arrojado de ella al enemigo. Tampoco quiso rescatar á los prisioneros que estaban en poder de Aníbal, diciendo que la patria no necesitaba de los que se habían dejado coger con las armas en la mano (1), lo cual hacía repetir en Roma que se trataba de muy distinta manera al hombre poderoso y al humilde ciudadano (2).

A nadie se le ocurrió la idea de pedir la paz; ántes bien todos rivalizaron en sacrificios y entusiasmo. Se levantaron nuevas legiones alistando en ellas 8,000 esclavos, que después de los primeros combates fueron emancipados (3). Como el erario estaba vacío, todos los caudales particulares acudieron en su auxilio. Los dueños de los esclavos tomados para el ejército, los publicanos encargados de los suministros, consintieron en que no se les reembolsase hasta la conclusión de la guerra. Cada cual, según sus medios, costeó un cierto número de libertes para remar en las galeras. A ejemplo del senado, las viudas y los menores llevaron su oro y se plata al tesoro público. Prohibióse que nadie tuviese en su casa por más de un valor determinado en joyas, vajilla y numerario de plata ó cobre, y, por la ley Oppia, se llegó al extremo de regular el alijo de las mujeres (4). [Por último, se limitó á treinta días el luto de las familias por los parientes muertos delante del enemigo (5)].

Más fácil hubiera sido á Aníbal, después de la victoria de Cannas que después de la de Trasimeno, marchar derechamente sobre Roma; sin embargo, cuando tan gran capitán no juzgó posible intentarlo, bueno será que procuremos aquí investigar los motivos que hu-

[1] Eutropio, III, vi.

[2] Tito-Livio, XXVI, 1.

[3] Tito-Livio, XXIV, xiv.

[4] “La ley Oppia, propuesta por el tribuno C. Oppio, bajo el consulado de Q. Fabio y de Tiberio Sempronio (539), en la mayor fuerza de la segunda guerra púnica, prohibía á las mujeres que tuviesen para su uso propio más de media onza de oro; que llevasen trajes de diversos colores, y que se hiciesen conducir en Roma, hasta un radio de mil pasos, en carros tirados por caballos, á no ser para ir á los sacrificios públicos.” Esta ley, meramente temporal, fué derogada á pesar de la oposición de P. Caton, el año 559. (Tito-Livio, XXXIV, 1, vi).

[5] Valerio Máximo, I, 1, 15.

bo de tener para ello: en primer lugar su primer fuerza estribaba en la caballería nómida, que hubiera sido inútil en un asedio (1); luego generalmente era inferior en el ataque de las plazas. Así, después de la batalla de Trebia, no pudo señorearse de Plasencia (2); después de Trasimeno, fracasó delante de Spoleto; tres veces se dirigió sobre Nápoles sin osar atacarla; y más adelante tuvo que abandonar los sitios de Nola, de Cumas y de Casilino (3).

¿Qué cosa, pues, más natural que su irresolución para atacar á Roma, defendida por una población numerosa y avezada al ejercicio de las armas?

La prueba más relevante del génio de Aníbal, es haber permanecido diez y seis años en Italia, entregado casi á sus solas fuerzas; reducido á no reclutar su ejército más que entre sus nuevos aliados y á subsistir á sus espensas, mal sostenido por el senado de su país, teniendo siempre en frente de sí dos ejércitos consulares, y encerrado, en fin, en la Península por las escuadras romanas, que guardaban sus costas para interceptar los refuerzos enviados de Cartago. Su constante afán fué, pues, señorearse de algunos puntos importantes del litoral para comunicarse con el Africa. Después de la batalla de Cannas, ocupa á Capua, procura llegar por mar á Nápoles (4), Cumas y Puzozole; y no pudiendo conseguirlo, se apodera de Arpi y de Salapia, en la costa oriental, donde espera encontrar á los embajadores del rey de Macedonia. Luego hace del Brucio su base de operación, y dirige sus tentativas contra las plazas marítimas, ya contra Brindis y Tarento, ya contra Locres y Regio.

Todas las derrotas sufridas por los generales de la República, ha-

[1] "En la caballería fundaba Aníbal toda su esperanza." (Polibio, III, c1).—"De la sola caballería de Aníbal dependían las victorias de Cartago, y las derrotas de Roma." (Polibio, IX, III).—"Mas le dolió á Aníbal perder quinientos Nómidas, que cualquiera otra derrota, y desde aquel suceso perdió su caballería la superioridad que hasta entónces le había proporcionado tantas ventajas," (543.) (Tito-Livio, XXVII, xxxviii).

[2] "Aníbal se acordaba de no haber podido expugnar á Plasencia." (Tito-Livio, XXVII, xxxix)

[3] Tito-Livio, XXIII, xv y xviii.—Tomó Aníbal por hambre las plazas de Casilino y de Nuceria; la ciudadela de Tarento se le resistió cinco años y no pudo rendirla. (Tito-Livio, XXVII, xxv).

[4] "Aníbal descendiendo hácia Nápoles con el empeño de asegurarse una plaza marítima para recibir socorros de Africa." [Tito-Livio, XXIII, xv]

bían tenido por causa, primeramente la superioridad de la caballería nómida y la ferocidad de los soldados latinos, reclutados á la ligera (1), opuestos á aguerridos veteranos; y luego un exceso de audacia ante un capitán hábil, que sabía atraer á sus adversarios al terreno que había elegido. Aníbal, sin embargo, considerablemente debilitado por sus victorias, decía después de Cannas, como Pirro después de Heraclea, que otro triunfo como aquel consumaría su ruina (2). Q. Fabio Máximo, llamado de nuevo al poder (539), continuó un sistema de guerra metódico, mientras que su colega Marcelo, más atrevido (3); tomó la ofensiva y atajó los progresos del enemigo obligándole á encerrarse en un trapecio, formado al norte por Capua y Arpi, y al sur por Regio y Tarento. En 543, toda la guerra se había concentrado al rededor de dos plazas: la ciudad de Tarento, bloqueada por los Cartagineses, y Capua, sitiada por dos cónsules, los cuales se habían rodeado de líneas de contravalación contra la plaza, y de líneas de circunvalación contra los ataques de fuera. Frustrada su tentativa de forzar estas últimas, Aníbal marchó sobre Roma, con la esperanza de hacer levantar el sitio de Capua y de dividir los dos ejércitos consulares, para batirlos separadamente en campaña rasa. Llegado á los muros de la capital y previendo demasiadas dificultades para apoderarse de una ciudad tan grande, abandonó sus proyectos de ofensiva, y retrocedió hasta las inmediaciones de Regio, prolongándose su residencia por algunos años, con varias alternativas de próspera y adversa fortuna, en el mediodía de Italia, cuya población le era favorable; evitando los encuentros, apartándose poco del mar, y no traspasando el confín meridional del Samnio.

En 547, un grande ejército, procedente de España y capitaneado por uno de sus hermanos, Asdrubal, había cruzado los Alpes y avanzaba por las costas del Adriático, para reunirse con él. Dos ejércitos consulares estaban encargados de hacer frente á los Cartagineses: uno á las órdenes del cónsul M. Livio Salinator, en la Umbría; el otro, que tenía á su frente al cónsul C. Claudio Neron, observaba á Aníbal en Lucania, y aun había obtenido sobre él alguna ventaja en Grumento. Aníbal había avanzado hasta Canusio, cuando noticioso el cónsul Claudio Neron de la superioridad numérica del ejército de

[1] Polibio, III, cvi.

[2] Apiano, *Guerras de Aníbal*, xxvi.

[3] Plutarco, *Marcelo*, xi y xxxiii.

socorro, deja sus reales á cargo de Q. Casio, su teniente, disimula su partida, se junta con su colega y destroza, junto á Metaura, á Asdrubal, que pereció allí con todo su ejército (1). Previendo entónces Anibal la suerte de Cartago, abandona la Apulia y hasta la misma Lucania, y se retira al único país que se le mantiene fiel, el Brucio, donde permanece encerrado otros cinco años, siempre aguardando refuerzos (2), y no abandona la Italia hasta que su patria amenazada por las legiones romanas, ya en el suelo africano, le llama para defenderla.

La marina de las dos naciones hizo en aquella guerra un papel importante. Los Romanos no perdonaron esfuerzo ni sacrificio para señorearse de la mar; sus escuadras, apostadas en Ostia, en Bríndis y en Lilibea, ejercían sin tregua la mas activa vigilancia sobre las costas de Italia, y aun hicieron escursiones hasta proximidad de Cartago y de la Grecia (3). La dificultad de las comunicaciones directas, mo-

[1] Tito-Livio, XXVII, XLIX.

[2] Apiano, *Guerras de Anibal*, Liv.

[3] El año 536 tenia Roma en la mar 220 quinqueremas y 20 pequeños bajeles. (Tito-Livio, XXI, xvii), con los cuales protegía eficazmente las costas de Sicilia y de Italia. (Tito-Livio, XXI, xlix, li). El año 537, destruyó Scipion con 35 bajeles una escuadra cartaginesa en la desembocadura del Ebro (Tito-Livio, XXII, xix), y el cónsul Servilio Gémino, desembarcó en Africa con ciento veinte naves, para impedir que Cartago enviase refuerzos á Anibal. (Tito-Livio, XXII, xxxi). En el año 538, la escuadra de Sicilia se reforzó con veinticinco navios. (Tito-Livio, XXII, xxxvii). En 539, Valerio Lavino tenia veinticinco buques para proteger las costas del Adriático, y otros tantos Fulvio para vigilar la costa de Ostia (Tito-Livio, XXIII, xxxii); despues la escuadra del Adriático, que contaba ya con cincuenta y cinco velas, obtuvo el encargo de contener á la Macedonia. (Tito-Livio, XXIII, xxviii). Aquel mismo año, la escuadra de Sicilia, que mandaba Tito-Otacilio, derrotaba á los Cartagineses. (Tito-Livio, XXIII, xli). El año 540, tenia Roma ciento cincuenta naves. [Tito-Livio, XXIV, xi] este año y el siguiente, la escuadra romana defendió á Apolonia, acometida por el rey de Macedonia, y desembarcó tropas que asolaron el territorio de Utica. La fuerza efectiva de la armada no varió al parecer hasta el año 543, época en la cual necesitaba todavía la Grecia de la presencia de cincuenta bajeles romanos y de cien la Sicilia. (Tito-Livio, XXVI, i). Veinte naves estaban apostadas el año 544 en las aguas de Regio para asegurar el acceso de la vitualla entre Sicilia y la guarnicion de Tarento. Tito-Livio, XXVI, xxxix). Cartago, en 546, preparaba un

vió á los Cartagineses á hacer pasar sus tropas por España y los Alpes, donde sus ejércitos se re clutaban en el camino, mas bien que á dirigirlos á las costas meridionales de Italia. Los refuerzos que recibió Anibal fueron siempre muy escasos (1); Tito-Livio no menciona mas que dos envíos, el primero de 4,000 Númidas y 40 elefantes, y el segundo traído por Bomilcar á la costa del golfo jónico, junto á Locres (2). Todos los demas convoyes debieron ser interceptados, y uno de los mas considerables, cargado de abastos y de tropas, fué destruido en las costas de Sicilia (3).

Admirable es la constancia de los Romanos contra unos enemigos que á la vez los atacaban por todas partes. A un mismo tiempo contenían á los Galos cisalpinos y á los Etruscos, hacían frente al rey de Macedonia, aliado de Anibal, sustentaban en España una encarnizada guerra y reprimían en Sicilia los ataques de los Siracusanos, que despues de la muerte de Hieron, se habian declarado contra la República. Tres años se necesitaron para reducir á Siracusa, defendida por Arquímedes. Roma mantuvo en pié mientras duró la segunda guerra púnica, de diez y seis á veintitres legiones (4), reclutadas únicamente en la ciudad y el Lacio (5); ahora bien, esas veintitres legio-

armamento formidable de doscientas velas [Tito-Livio, XXVII, xxii]; Roma le opuso doscientas ochenta naves: treinta defendían la costa de España, cincuenta protegían la Cerdeña, otras cincuenta la desembocadura del Tiber, y otras tantas la Macedonia; y cien se hallaban ancladas en Sicilia, prontas á verificar un desembarco en Africa, mientras la escuadra cartaginesa era derrotada en Clupea. [Tito-Livio, XXVII, xxix]. Por último, en el año 547, volvió la mar á quedar completamente libre, merced á una segunda victoria de Valerio Levinio. [Tito-Livio, XXVIII, iv].

[1] "Los Cartagineses, atentos solo á mantenerse en España, no enviaban refuerzos á Anibal, como si en Italia no hubiese tenido mas que triunfos." [Tito-Livio, XXVIII, xii].

[2] Tito-Livio, XXIII, xiii y xli.

[3] Apiano, *Guerras de Anibal*, Liv.

[4] En el año 540, tuvo Roma sobre las armas diez y ocho legiones; en 541, veinte legiones; en 542 y 543, veintitres legiones; en 544 y 546, veintitres; en 547, veintitres; en 551, veinte; en 552, diez y seis; en 553, catorce; en 554, redujo el número de sus legiones á seis. [Tito-Livio, XXIV, xli; XXV, iii; XXVI, i, xxviii; XXVII, xxii, xxxiv, xxx, ii, xxvii, xli; XXXI, viii].

[5] "Los Romanos solo reclutaban sus infantes y ginetes en Roma y en el Lacio." [Tito-Livio, XXII, xxxviii].

nes representaban un efectivo de sobre 100,000 hombres, guarismo que no parecerá exagerado si se compara con el censo de 534 que ascendía á 270,213 hombres, y no comprendía mas que las personas en estado de empuñar las armas.

En el décimo tercio año de la guerra, la fortuna se tornó favorable á la República. P. Cornelio Scipion, hijo del cónsul batido en el Trebia, acababa de arrojar á los Cartagineses de España. Adivinando su genio, el pueblo le habia conferido seis años ántes, los poderes de procónsul, á pesar de sus veinticuatro años. De vuelta en Roma, Scipion, nombrado cónsul (549), pasó á Sicilia, de allí á Africa, donde, al cabo de una campaña de dos años, derrotó á Aníbal en las llanuras de Zama, y obligó á la rival de Roma á pedir la paz (552). El senado concedió al vencedor la mayor honra que puede conferir una república á uno de sus ciudadanos, cual fué dejar á su arbitrio las condiciones que se habian de dictar á los vencidos, Cartago se vió reducida á entregar sus naves, sus elefantes, á pagar diez mil talentos (sobre 220 millones de reales); y por último de tomar el vergonzoso empeño de no hacer jamas la guerra sin autorizacion de Roma.

VI. La segunda guerra púnica habia traído la sumision de Cartago y de España; pero á costa de duros sacrificios. Durante aquella lucha de diez y seis años, gran número de ciudadanos de los mas principales habian perecido; solamente en Cannas sucumbieron dos mil setecientos caballeros, dos cuestores, veintiun tribunos de los soldados y muchos antiguos cónsules, pretores y ediles: y fueron tantos los senadores muertos, que fué preciso nombrar ciento setenta y siete nuevos, sacados de entre los que habian ocupado magistraturas (1). Pero tan recias pruebas habian dado nuevo y mas vigoroso temple al carácter nacional (2). La República sentia crecer sus fuerzas y su prosperidad; gozaba de sus victorias con legítimo orgullo, sin experimentar todavía la embriaguez de una excesiva fortuna, y nuevos vínculos se habian formado entre los diferentes pueblos de Italia; porque en efecto, la guerra contra una invasion extranjera produce siempre la inmensa ventaja de cortar las divisiones intestinas reuniendo á los ciudadanos contra el comun enemigo. Los mas de los aliados dieron

[1] Tito-Livio, XXIII, xxiii.

(2) Q. Metelo decia: "que la invasion de Aníbal habia despertado la virtud del pueblo romano, hasta entónces entregado al sueño." [Valerio Máximo, VII, II, 3].

inequívocas pruebas de lealtad. Despues del desastre de Cannas (1), la República debió su salvacion al auxilio de diez y ocho colonias, que aprontaron hombres y dinero. El temor á Aníbal habia consolidado felizmente la concordia en Roma como en Italia: acabaron las contiendas de los dos órdenes (2), acabó la escision entre los gobernantes y los gobernados, y unas veces el senado somete al pueblo las mas graves cuestiones, y otras este, lleno de confianza en el senado, se somete de antemano á su decision (3).

Durante la lucha con Aníbal fué cuando aparecieron sobre todo los inconvenientes del dualismo y de la renovacion anual de los poderes consulares (4); pero esta causa incesante de debilidad, segun vimos mas arriba, estaba compensada con el patriotismo. Veamos un ejemplo insigne de ello: siendo Fabio prodietador, Minucio, gefe de la caballería, fué, cosa insólita, investido con los mismos poderes; y, arrastrado por su ardor, comprometió el ejército, que fué salvado por Fabio, con lo que, reconociendo aquel su culpa, se puso espontáneamente á las órdenes de su colega, y de esta suerte, por su sola voluntad, restableció la unidad en el mando (5). Por lo que hace al continuo cambio de los gefes militares, la fuerza de las cosas hizo forzoso derogar tal costumbre. Los dos Scipiones estuvieron siete años al frente del ejército de España, y Scipion el africano les sucedió durante un periodo poco menor. El senado y el pueblo habian decidido

[1] El senado pidió á treinta colonias, hombres y dinero. Diez y ocho se apresuraron á enviar lo uno y lo otro, y fueron: Signia, Norba, Satriculo, Brindis, Fregela, Luceria, Venusia, Adria, Firmio, Rimini, Ponsa, Pesto Cosa, Benevento, Isernia, Spoleto, Plasencia y Cremona.—Las doce colonias que se negaron protestando no tener ya gente ni dinero, fueron: Nepesino, Sutrinio, Ardea, Cales, Alba, Carsacolo, Sora, Suesa, Setia, Circelo, Narni ó Interamna. (Tito-Livio, XXVII, IX).

[2] "El término de las desavenencias y luchas, de los dos partidos fué la segunda guerra púnica." (Salustio, *Fragmentos*, I, VII).

[3] Cuatro tribus confiaron al arbitrio del senado el establecer el derecho de sufragio para Formio, Fundi y Arpino; pero se les contestó que solo al pueblo pertenecia ese derecho. (Tito-Livio, XXXVIII, xxxvi).

[4] El relevo anual de los generales fué desastroso para los Romanos. Llamaban á Roma á todos los ya experimentados en la guerra como si no los hubiesen enviado fuera mas que para aprender. [Zonaras, *Anales*, VIII, 16].

[5] Tito-Livio, XXII, xxix.